

UN IR Y VENIR

(las vueltas de la vida)



LUIS CALDERÓN CUBILLOS



UN IR Y VENIR

(Las vueltas de la vida)

Luis Calderón Cubillos



©Copyright 2020, by Luis Calderón Cubillos
lp_1966@hotmail.com

Colección El tren de las Novelas
«**Un ir y venir (las vueltas de la vida)**»

Novela chilena, 142 páginas
Primera edición: septiembre de 2020
Edita y Distribuye Editorial Santa Inés
Santa Inés 2430, La Campiña de Nos, San Bernardo de
Chile
(+56 9) 42745447

[Facebook: Editorial Santa Inés](#)
librosdelaeditorial@gmail.com
www.editorialsantaines.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 2020-A-1419
ISBN: 9789568675967
eISBN: 9789568675981
Edición General: Patricia González Sáez
Ilustraciones: Luis Calderón Cubillos
Edición de Estilo y Ortografía: Susana Carrasco Gómez
Edición Electrónica: Sergio Cruz

Impreso en Chile / Printed in Chile
Derechos Reservados

Luis Calderón Cubillos, el autor



Nació un 1 de marzo en Quillota, Chile, hijo de Marta Cubillos Olivares y de Juan Calderón Arévalo, sus estudios primarios los realizó en la escuela rural mixta número 60 de la localidad La Tetera en Quillota y la enseñanza media en el liceo industrial de la Calera y liceo A-12 de Quillota. Antes de concluir sus estudios, ingresa al servicio militar

obligatorio en la Armada de su país, luego de dos años en dicha institución es licenciado y regresa a trabajar al campo junto a sus padres. Mientras termina sus estudios en un colegio nocturno, su espíritu inquieto lo hace enrolarse en Carabineros de Chile, que es la policía de su país. Durante nueve años trabajó como policía, viviendo las más diversas aventuras, estando muchas veces al borde de la muerte, motivo por el cual decide escribir sobre la fragilidad de la vida y que esta puede cambiar de un momento a otro, por lo mismo tratar por todos los medios de ser feliz, buscando siempre el lado positivo de las cosas. Ha escrito libros de aventuras, ficción, drama y policiales, siendo esta novela « **Un ir y venir (las vueltas de la vida)**», la que narra la vida de un joven soñador que finalmente encuentra su destino.

Prólogo

Esta historia trata de la vida de un joven, pasando por cinco décadas en este extraño y mágico país, extraño porque aunque tenga sus carencias tanto económicas, sociales, infraestructurales y sus habitantes se vean apáticos, basta que ocurra una catástrofe o tragedia para que la apatía de este habitante desaparezca y salga de su interior lo mejor de él, la simpatía, su deseo de ayudar, el ponerse en el lugar del que sufre, estar dispuesto a sacrificar su tiempo en pos de alguna gran obra. En este país nace el protagonista de esta historia, específicamente en la ciudad de Quillota. Su niñez la vive en el campo, trabajando junto a sus padres, Marta y Juan. Posteriormente, su vida da un vuelco cambiando la tranquilidad campesina por las armas. Primero fue marino en Talcahuano, para terminar de policía en Santiago, la capital del país. Finalmente, viene la época de escritor, vivenciando los cambios políticos que se producen. Después de la dictadura, la llegada de la democracia y posterior alzamiento del pueblo traducido en marchas de protestas y manifestaciones de descontento al no sentir ninguna clase de respaldo por los gobiernos democráticamente elegidos, el llamado «estallido social» que finalmente logra cambiar la constitución política del país.

Luis Calderón Cubillos

La partida

Recuerdo que fue en abril de 1985, durante una fría mañana, siendo las 07:00 horas, cuando llego al molo 500 de Talcahuano, proveniente de Valparaíso en un bus con mis compañeros de servicio militar de la armada. En la tarde anterior nos habíamos reunido todos en la escuela de abastecimiento de dicha institución en Valparaíso y salimos en buses aproximadamente a las 20:00 horas. Tuvimos una parada en San Fernando, un pueblito a mitad del camino para comprar alimentos y golosinas para el viaje. El resto de la noche en el bus fue solo dormir, ya muy temprano, casi al alba, llegamos al ya mencionado molo 500 de Talcahuano.

En él, nos esperaban instructores de la armada que nos hicieron formar en fila y nos entregaron ropa de uniforme, desde los zapatos hasta el gorro. Posteriormente, nos embarcaron en dos transbordadores que tenían de nombre Grumete Pérez y Meteoro, en dirección a la isla Quiriquina. Debo mencionar que en mi estadía en la isla, fue difícil conocer nuestros nombres ya que nos asignaron un número a cada uno y nos acostumbramos a llamarnos nosotros mismos por el número; éramos del uno al doscientos, yo fui el 012.

Ingresamos con 18 años de edad, pero también había varios remisos, que eran los que no habían hecho el servicio militar cuando les correspondía, ellos tenían 20 años o más y fueron los más famosos ya que no tenían mucho temor a los instructores como nosotros.

Al 07 y al 174, que eran dos de los remisos, un día los

sorprendieron fumando en los baños y los instructores los llevaron al cerro en punta y codo, (arrastrándose con la punta de los dedos de los pies y sus codos), estuvieron con ellos como una hora y al final los vimos llegar todos embarrados ya que era invierno.

La isla Quiriquina, como las islas de las películas, tiene unos cerros altos y unas lomas bajas, al principio nos llevaron a correr y subir una loma muy alta que era como la gradería de un estadio, nos hicieron subir en punta y codo, y llegando a lo más alto detenernos y volver a bajar rodando, así estuvimos como una hora subiendo y bajando, eso fue como el bautizo que nos dieron. Obviamente, muchos vomitaban y debíamos bajar rodando por encima de los vómitos de nuestros compañeros. A esa loma, los instructores la bautizaron como «La quinta Vergara», en alusión a que nosotros, nuestro contingente era de la V Región, donde se realiza el festival de la canción de Viña del Mar, y sus graderías son como esta inmensa loma. Cuando estábamos en instrucción militar, los instructores nos decían: ¡háganlo bien, si no los vamos a llevar a la quinta Vergara!

El clima en la isla era pésimo, las heridas en nuestras manos tardaban mucho en cicatrizar, por el aire y el agua, todo era muy frío. Recuerdo también que en las mañanas, después de la Diana, (es una señal o silbido que tocan para indicar que es la hora de levantarse), nos trasladábamos al trote a la orilla de la playa, nos hacían formar en fila de frente al mar a lo largo de la playa y el instructor de turno tocaba un pito y nos lanzábamos corriendo al agua y debíamos estar ahí hasta que el instructor volviera a tocar el pito para poder salir y volver a la orilla. Ese era el baño de mar.

La verdad, yo nunca aprendí a nadar cuando pequeño y llegué a la isla sin saber, así que cuando el instructor tocaba el pito para sumergirnos en el agua yo no ingresaba muy adentro y solo me agachaba, o sentado en mis talones, de esa forma solo se veían mis hombros y mi cabeza, entonces daba la sensación que también nadaba.



En ocasiones, salíamos con el instructor en bote, seis por

cada lado, cada uno con un remo y el instructor de pie en la popa, gritaba: ¡ah... una! como señal iniciando cada brazada con el remo para avanzar. También advertía que si se nos caía un remo o nos sorprendía armando desorden o distraído, nos lanzaría al mar con una soga amarrada a la cintura y tendríamos que seguir el bote nadando detrás. Yo, sabiendo mi falencia con respecto al nado, no me exponía y mostraba total interés y concentración cada vez que salíamos en bote a bogar (remar) alrededor de la isla.

También salíamos de infantería y al trote hacia el lado norte de la isla, hacia su parte más alta, donde se encontraba un faro en desuso. En el camino hacia el faro, se encontraba un bosque de pinos, y la primera vez que hicimos ese recorrido nos pasaron un saco papero vacío, el trayecto era como de un kilómetro y medio, ya de regreso y agotados por el trote debíamos pasar por el bosque de pinos que estaba en el camino, bueno ahí supimos para que era el saco vacío... Cada uno de nosotros llenó su saco con cocos secos de los pinos.

El camino de regreso ya se hacía más lento, solo caminando. Estos cocos, supimos después, eran para el fuego de las chimeneas del casino de oficiales.

Todas las tardes al crepúsculo y después de cenar, íbamos a los baños que se encontraban cerca del bosque, muy distantes de los comedores nuestros, este bosque que también era de pinos, se encontraba entre la cancha de instrucción y el mar.

Para llegar a los baños del bosque, debíamos pasar por el frontis de la escuela de grumetes que da su vista hacia el mar y hacia el continente. Ahí uno detenía su caminar aunque no quisiera y miraba con nostalgia los cerros iluminados de las ciudades del continente que eran Tomé y

Penco, esas lucecitas nos recordaban e imaginábamos nuestra región: Valparaíso.

Me encontraba con muchos compañeros que lloraban, emocionados y por fin dándose cuenta de la lejanía de sus familias, sintiéndose desamparados en la oscuridad de la noche, en una isla, con una fría brisa en sus mejillas y mirando a lo lejos esas lucecitas que titilaban llevándolos en su nostalgia repentina a sus días pasados junto a sus padres y hermanos.

Más tarde ya de noche, en el patio del CENIR, que así se llamaba el lugar donde estábamos, se efectuaba un conteo de los reclutas, reunidos, formados en torno al instructor mayor para rendirle cuentas de la cantidad de reclutas activos, enfermos, novedades del día, etc. Esa ceremonia en las fuerzas armadas se llama retreta.

En dichas retretas, sobresalía el cabo Hueitra, que siempre nos entretenía más que todos, ya que siempre contaba historias de sus múltiples viajes embarcado. Nosotros bromeábamos a costa de él, ya que según él, había estado en todos los países del mundo, país que nombrábamos, él ya había estado ahí... seguramente también habría navegado en los mares de Bolivia.

Debo aclarar que CENIR significa Centro Naval de Instrucción de Reclutas; ubicado dentro de la isla Quiriquina.

En el patio del CENIR, que se encontraba rodeado de salas y comedores, había una sala habilitada como cine; en la jerga marinera se llamaba Biógrafo, ahí vi varias películas.

Todos los domingos concurríamos al biógrafo, ya que era día de descanso, algunos lavaban ropa, otros escribían cartas, como era la tarde libre algunos guardábamos el pan

que nos daban a las 10 de la mañana y el pancito de almuerzo, para comerlo durante la función ya que estaba oscuro y nadie podía verte y pedirte. Aun así, si uno no era sigiloso se podría escuchar el ruido del envoltorio y no faltaba el que te pedía, la verdad es que en esa isla, yo por lo menos, pasé los tres meses con hambre y creo que a todos les pasó lo mismo.

También lo que más recuerdo de la instrucción militar eran los castigos... Cuando efectuábamos los ejercicios de marcha, si nos equivocábamos, nos enviaban a correr de ida y vuelta al bosque de pinos, el bosque donde se encontraban los baños, la orden era ¡al bosque, carrera mar! Y nos tenían dando vueltas de ida y regreso mientras los instructores conversaban entre ellos.

Los ejercicios de marcha y desfile se practicaban en una cancha de fútbol de ripio y piedrecillas, que el lado norte daba para la escuela y el lado sur para el bosque de pinos y el mar. Ahora, párrafo aparte, mis instructores sargento Juan Gómez y cabo José Ibaceta, que ahora los recuerdo y me doy cuenta que fueron muy buenos instructores, por lo mismo, el sargento Gómez también fue instructor en la escuela Naval para oficiales. En otras secciones, había instructores que sobresalían por su violencia: cabo Parra, que con su mano gigantesca abarcaba toda la cara con su bofetada; sargento Martín, cabo Henríquez, que no había podido ascender a sargento ya que había perdido una M-16; y el famoso cabo Herrera que era enfermero, pero en sus ratos libres salía de ayudante de instructor para puro pegar... El aporreo o picadero se llamaba a las horas que practicábamos ejercicios físicos mezclados con castigos, estos castigos eran consecuencias de las equivocaciones en nuestros ejercicios. También en la isla Quiriquina había una